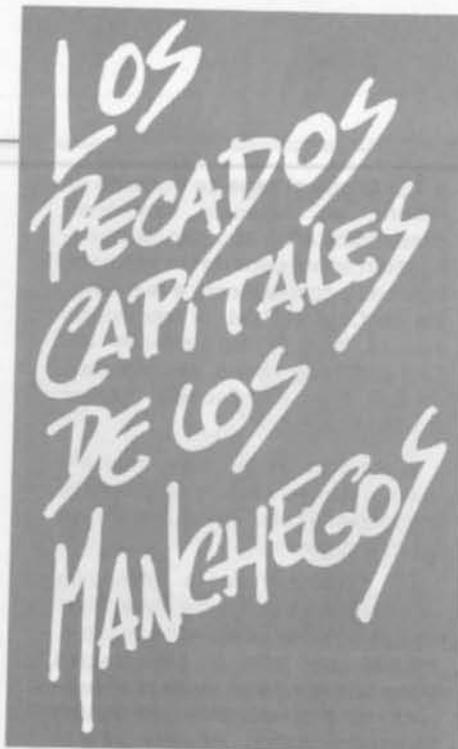


ESE CIERTO PUDOR DESESPERADO

—Valentín Arteaga

A veces el manchego es inerme "miedica" de tomo y lomo y, como quiera que en este cabreado redondel de la llanura hay que inventarse los pecados capitales para que puedan parecer verdaderos, el manchego, tímido o bribón él, espiritual, se reviste de animal despatarrado, macho infantil y desvalido que no atina a esconder sus grandes orejotas de Platerillo al revés. Ciertos manchegos son unos pobres burros, con perdón, vaya, no porque sí, ni, si se me apura, por mala leche sino por cabreo virginal, por un cierto pudor de esparto, una especie de sensibilidad vernácula sujeta al corazón con un atadero de tomiza. Probablemente se trata de un complejo de inferioridad propensa, pues claro, al desplante más hosco, ancestral pataleo, nostalgia infinita de cuadra o un no sé qué tirón irremediable de los instintos más complicados del alma a la subespecie, dicho sea todo esto con un tierno temor a que se le encanijen las maneras al personal y te crucifique en la glorieta del pueblo, o cuente y no pare de murmurar en la barbería que por pensar así y decirlo tú mismo, escritor, eres un hijo de mala madre, que no tienes en la tribu fe de vida sino, no más, una repodrida recochura en las mientes, profeta de pata de palo, ciego de nacimiento, empecatado hasta el cogote, mala bestia, juglar de mierda y que habría que ponerle todo el diccionario secreto de Camilo José Cela por montera.

Pero a lo que iba, las paletadas manchegas por lo general tienen un aquél de pura y desmañada inermidad, de descortesía lloriqueante y tímida, o aquí en ocasiones de mucha vergüenza ser bien nacidos, que se le advierta a uno el aura, el corazón en vilo, o emocionarse no es de machos sino de muchos, y hay que hacer gala de la excepción. De ahí el que La Mancha, tierra vertical, tinaja grande, haya que vocear sin venir a cuento, con eco de bofetada profunda, donde sea como sea, cuando sea, madre, ay, arriero, que se te ve la albarda a un par de leguas, o el vozarrón es más ancho que el horizonte. Los susurros aquí, tío, están prohibidos. O levantas la voz o eres un don nadie, un marica, un



bobolaba; paisano, ¡habráse visto!

Item más, corazón: Aquí el despatarrado regüelda en la liturgia, se tira un pedo en un entierro, bosteza en un recital de poesía, se mete un gato en el bolsillo de la pelliza para pellizcarlo en la misa del gallo, etc. y lo hace para presumir de mozárron como un carro de mies, como un remolque de melones, no porque no sea capaz de emocionarse, de sentir el escalofrío de las lágrimas, no, sino por envidia, pecado capital donde los haya. Es ni más ni menos un cierto pudor desesperado, una cobardía visceral, una niñez apedreada en el fondo mismísimo de sus apellidos manchegos profundos, y unas ganas también, inconfesadas, aviesas, de llamar la atención, de contestar su terrible desasosiego interior, aunque no se entere nadie, vaya usted a saber.

Defecar en el cajón de la mesa del profesor del Instituto. Reirse hasta la carcajada de tener que estudiar a Juan de Juni. Soltar un vozarrón en la Fiesta de las Letras de la feria..., no es, al cabo tal fin, más que un cierto pudor masculinizado, el surrealismo del rebuzno, timidez de cabestro, enfado pedernal de uno.

Lo cuento tal como ocurrió. Sin duda que esto ha sucedido sólo en esta ocasión, pobre ser contrahecho y deforme, exiliado él mismo de esta hermosa y sorprendente especie manchega. Ocurrió aquí donde se santigua el granizo y madruga la esperanza. En esta relampagueante y bendita tierra manchega de nuestros pecados, pero menos. Viene al caso. Es todo un signo de lo que vengo, aquí y ahora, diciendo. El no va más allá, la intemerata mismísima, corazón. La órdiga, ea, cuadrúpedo él, contestación de qué, ofendido por querer ofender, excomulgado de una religión que ni siente

y que seguro, padece; bufón sin espectáculo o con su pan se lo coma, manchegula maloliente, todo braqueta su cerebro, excremento bajo su boina, su sexo se lo pague, triste chiquillo grande, mal crecido, de un lugar cualquiera de La Mancha, purísima tierra ardida intemperie, redondel luminoso al que uno, rediez, ama. ¿Se sabe que el pecado, todo pecado, aísla? Pues véase que uno ha deshonrado a la tribu entera, y, desde ya mismo, tío, no pertenece a ella. Tiene podrido el pensamiento o ha tirado del ramal de la llanura hasta romperlo absolutamente. Se ha ahorcado en su propio pudor desesperado. E inútilmente, vaya. Cuando la vergüenza de estar descolgado se lleva hasta el límite es que existe dentro, en la raíz del ser, un crío al que le está llorando la existencia. Sucedió que el mal manchego hizo todo lo que debía hacer, no iba a ser menos que los otros. Cumplió con todas las normas. Llevó a su hijo a la Iglesia para bautizarlo, como siempre se hizo, hijo de cristianos y nieto de cristianos, sobre sus aguarones se puso su traje nuevo, encendió en su momento su vela en la luz del cirio de Pascua, oyó la enhorabuena del cura, y, a la hora de la libertad, generosa hora del anonimato, finísimo él, en un sobre sin nombres y apellidos, por la liturgia de su crío, ay, angelito, trocillo de luz, cuenco de alegría inaudita, puso reverentemente en el cesto de la ofrenda su óbolo, manchegazo impresionante, gañán al que mantearía la quintería entera, suicio puesto bajo para la circunstancia. ¿Que qué había dentro del sobre bautismal? Recortes de pornografía, escogidos moñigos de burdel. Pues Dios te lo pague, hombre, que de todos es sabido que cada cual da lo que tiene, y al que tal hace qué más se le va a pedir.

Pues eso: la subespecie como exquisitez a la contra, la hosca y temerosa masculinidad de yesca, pura envidia no más, el reconocimiento desvencijado, corrosivo de una mendiguez espiritual suma, paisano, borde. Y es que para algunos manchegos los buenos modales son femeninos, y a ellos lo femenino les aturde, les sonroja. El silencio, la oración, la música les huelen, saben y acusan a mujer. Por eso, hale, ciertos manchegos al ir a la parroquia se llenan los bolsillos de basura. Complejo de cuadra, claro. Lastima con la ternura que aquí sobra, con la sensibilidad prodigiosa que la mayoría manchega tiene. Pero ya lo decía el caporal de "La Hidalga": Uno jodió a un pueblo.